

DIOS OCIOSO

Ver: *Dios griego y Dios cristiano / Dios personal / Dios semita / Dios creador / Dios y la historia de las religiones*

«Una es la posibilidad de considerar a Dios como realidad e y por sí mismo, y nada más; esto es, Dios, mera realidad suprema en sí mismo. Es Dios, realidad-fundamento, reducido a realidad-objeto. Entonces *eo ipso* Dios queda distanciado del hombre y el hombre alejado de Dios. No es un mero concepto más o menos dialécticamente logrado.

Es la realidad misma de lo que en la historia de las religiones constituye los *dii otiosi*, los dioses ociosos. Son realidades, sin la menor duda, y realidades supremas, pero ociosos respecto del hombre, el cual, por lo general no tiene con ellos ninguna relación ni de súplica ni de apoyo.

Un dios ocioso es un dios real pero que no interviene en la vida de la persona; la vida del hombre no está entonces trazada en función de Dios. Es la realidad-fundamento de Dios, reducida a realidad-objeto. Y no se piense que eso es propio tan sólo de mentalidades primitivas.

En el fondo, el *theós* de Aristóteles es un Dios super-ocioso: no sólo no se ocupa del hombre, ni el hombre de él, sino que no puede tener relación alguna con el cosmos. Y no es sólo el caso de Aristóteles. Es en el fondo la situación de muchísimos hombres actuales, cada vez en mayor número. Su ateísmo es más bien el teísmo de un Dios ocioso.

Admiten la existencia de Dios, de una causa primera, admiten incluso su conocimiento estrictamente demostrativo, pero es para ellos meramente una realidad en sí, que no interviene en la vida ni respecta de la cual tiene sentido hablar de entrega en fe.

Es el riguroso conocimiento de Dios pero sin fe en Él. De aquí arrancan en buena medida las consideraciones en que nos vemos envueltos desde páginas atrás. He aquí, pues, una posibilidad. Dios realidad real pero ociosa; es la *ociosidad de Dios*. El ámbito que nos abre es la oquedad de la distancia. Y la apropiación de esta posibilidad es el alejamiento de Dios.

La otra posibilidad es la de optar por la fundamentalidad de Dios en cuanto tal, en cuanto realidad-fundamento. Es en la historia de las religiones, el caso de todos los demás dioses. Dios no es entonces una realidad suprema, sino una realidad última, posibilitante y impelente: es lo que ha llamado

Dios en tanto que Dios. Es ciertamente una realidad suprema. Pero su "supremacía", por así decirlo, respecto de nosotros nos lo descubre como realidad absolutamente absoluta.

Aquello en que se funda positivamente nuestro Yo, nuestro ser relativamente absoluto, es una realidad absolutamente absoluta y por tanto algo que es para nosotros formalmente fundante. En tal caso "a una" con la realidad de Dios, tiene el hombre la posibilidad de ser relativamente absoluto en Él.

Además de conocimiento de Dios, hay entonces fe en Él. Es la *fundamentalidad de Dios* a diferencia de la ociosidad de Dios. El ámbito que nos abre no es la oquedad de la distancia sino el campo de nuestra tensión dinámica en Dios. La apropiación de esta posibilidad es la entrega de nuestra persona a la realidad personal de Dios, es donación a Él en fe: es la vida en función de Dios.

He aquí los dos términos de la opción: Dios ocioso o Dios fundamentante. Y precisamente porque se trata de una opción, es *ambos casos* una opción libre. [...]

Mi libertad de optar por un Dios ocioso o por un Dios fundamentante es una decisión no acerca de lo que yo creo sino acerca de lo que es la realidad misma de Dios. Es, pues, una opción fundada.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 260-262]

COMENTARIOS

«Ahora sabemos que muchos pueblos primitivos que parecían ateos a los ojos de los extranjeros, en verdad no lo eran. Profesaban, por el contrario, una extraña creencia: pensaban que Dios, por cierto, existía, pero había abandonado a los hombres.

Ese Dios era realmente un Ser Supremo que en cierto momento había estado entre los hombres, pero un día se había marchado y desde entonces vive en los Cielos completamente indiferente a las cosas del mundo y a la suerte de los hombres.

Para estos pueblos Dios existe, pero es frío, lejano e impasible como un astro. Así para los indios "Ona" de Tierra del Fuego –nos enseña Mircea Eliade– Dios estuvo en otras épocas entre ellos, pero se marchó y se convirtió en la estrella Alfa del Centauro.

Los historiadores de las religiones denominan a este tipo de Dios, un Dios Ocioso, es decir, un Dios que no hace nada por los hombres ni escucha jamás sus ruegos y plegarias. Por esto, esos dioses ociosos perdieron sus ritos, sus sacerdotes e incluso sus propios nombres que cayeron en completo olvido; de este modo la vida religiosa de aquellos pueblos quedó tristemente reducida a una lucha contra el Dios del Mal.

Así en las regiones rurales del Uruguay, solo quedó como última supervivencia de aquellas antiquísimas creencias primitivas la expresión "estar engualichado", es decir, estar poseído por Gualichu, el Dios del Mal; el Dios del Bien, en cambio, no se conservó ni siquiera su nombre, aunque pienso que los investigadores pueden llegar algún día a descubrirlo. Sin embargo, es comprensible que los viajeros que visitaban a estos pueblos en los que no existía el menor rastro de devoción a un Ser Superior, los considerasen equivocadamente ateos.

Esta concepción de un dios ocioso, inaccesible, absolutamente lejano y ajeno a las vicisitudes del mundo y de los hombres no ha sido exclusivo ni mucho menos de los pueblos primitivos.

Muchos pensadores lo han elevado desde el reino del mito al plano metafísico convirtiéndolo en un Dios-Objeto, es decir, en un Dios que se agota en afirmarse a sí mismo sin interesarse lo más mínimo ni en el mundo ni en los hombres.

Dentro de esta línea de un Dios Ocioso considerado metafísicamente como un Dios Objeto es como debemos concebir –siempre a juicio de Xavier Zubiri– nada menos que al Dios de Aristóteles.

En su concepto el "Theós" de Aristóteles es un Dios "superocioso" (HD 260) que vive pensando y queriendo únicamente a su propia realidad, que no conoce ni actúa jamás sobre el mundo y sus realidades (HD 180).

Fue un Dios que no sirvió jamás para fundar una religión porque por su propia índole, nadie pudo invocar su ayuda ni mucho menos, vivir en función de Él. Fue un Dios que desde el punto de vista religioso jamás se le podría considerar como un auténtico Dios (HD 152).

Un poco más tarde, Epicuro afirmaba parecidamente que no existe razón alguna para temer a la muerte porque a los dioses les tiene sin cuidado todo lo que puedan hacer los hombres (SE 669).

Pero la doctrina del Dios Ocioso no termina aquí con Aristóteles y Epicuro; sobrevivió durante los primeros siglos de nuestra era defendida y difundida por el teólogo Marción, a quien se le ha denominado y con razón, el primer gran heresiarca del Cristianismo.

Según nos ha explicado Zubiri, para Marción, Dios es el gran Extranjero, el gran Ausente de este mundo, la forma extrema de concebir a Dios como el "más allá" de todas las cosas. Tal habría sido el origen del agnosticismo en todas sus variadísimas formas, la doctrina que declara la inaccesibilidad de Dios al espíritu humano. No niega, como es bien sabido, la existencia de Dios, solo afirma que nos es absolutamente inalcanzable.

En la teología de Marción este Dios aparece –como no podía ser menos por la época en que fue concebido– con caracteres netamente anticristianos: puesto que Dios es absolutamente distinto de las realidades intramundanas, fue imaginado como algo absolutamente alejado del mundo y de todas sus

cosas. Dios no tiene, pues, nada que ver con el mundo: no lo ha creado ni ama sus cosas humildes, defectuosas y perecederas. [...]

Zubiri comienza por recordar que la teología clásica siempre afirmó la presencia de Dios en el mundo, pero lo que a él le preocupa fundamentalmente es el modo de concebir esta presencia. Es, pues, menester determinar con la mayor precisión posible cómo Dios está presente en el mundo porque bien pudiera ocurrir que existieran modos de presencia que hicieran imposible la existencia de éste en cuanto tal. [...]

Para Zubiri las viejas y variadísimas doctrinas de los dioses ociosos confunden dos conceptos muy distintos: piensen que la realidad divina en razón de ser esencialmente distinta de las realidades intramundanas ha de estar infinitamente alejada de ésta.

Pero eso no es así: aunque sea esencialmente distinta de las cosas intramundanas, la realidad de Dios puede estar y está formalmente presente en ellas y está presente no virtualmente como está, por ejemplo, una imagen óptica presente en el espejo, sino está realmente presente, incluida actualmente en ellas e incluida en ellas como lo más radicalmente intrínseco que poseen, como aquello que las constituye como verdaderas realidades.

Esto significa que las realidades, solo son las realidades que son, incluyendo en ellas una realidad que es más que ellas, la realidad de Dios.

Dios es, por tanto, la ultimidad de la realidad, el carácter constitutivo último de todas las realidades. Por esto Zubiri afirma rotundamente que Dios no es extra sino intramundano.

Estamos ahora ante una concepción polarmente opuesta a la doctrina de los dioses ociosos, por definición ajenos e infinitamente alejados de toda realidad humana.»

[Campo, Alberto del: "Zubiri sobre la realidad creada", en Nicolás, Juan Antonio / Barroso Fernández Óscar (eds.): *Balance y perspectivas de la filosofía de X. Zubiri*. Granada: Comares, 2004, p. 736-739]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten